

TAITA

Ana María Benda*

Matu¹: para cerrar tu libro, te voy a contar una historia. La de Taita, mi abuela. Esa señora que sonríe desde la foto de mi cómoda, por la que me preguntás muchas veces. Seguramente te es difícil entender que sea la abuela de tu abuela.

Yo la quise y la sigo queriendo con todo mi corazón, Mateíto, y seguramente de ella aprendí a ser abuela.

Aquí va un pedacito de su vida.

Taita fue el gran amor de mi infancia.

Era mi abuela materna. Había nacido húngara, en Hrinova, una ciudad pequeña en un lugar hermosísimo, lleno de bosques de pinos, cerezos, ciruelos, lomadas suaves y matorrales de frutillas silvestres. Y por esas cosas de las guerras y las paces murió checoslovaca. Llegó a la Argentina en 1937, con su marido y sus hijas, Helena y Emilia, mi madre. Escapaban del horror.

Taita fue para mí la ternura, el sol, un amor sereno que me hacía sentir enormemente amada. Me decía “moia zlata”. Quiere decir “mi adorada” y también algo así como “la mía es de oro”. Mi pelo muy rubio explicaba algo de su frase. Me lo acariciaba como tocando algo precioso.

Éramos, mutuamente, el tesoro de la otra.

Matu, el cobijo de Taita me preservó de muchos dolores, me hizo consciente de la sangre lejana en que se fundaba mi vida, del idioma tan diferente que habitaba en mí

* Poeta, narradora y Profesora Emérita de la Escuela de Letras de la Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales de la Universidad del Salvador. Correo electrónico: anabenda@arnet.com.ar.

Gramma, XXIX, 61 (2018), pp. 107-116.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161.

1. Este es el texto que cierra el libro *Mateo* (Buenos Aires: Juliana Cuoco, 2016), que la autora le ha escrito a su nieto.

al costado del otro, de la razón del color de mis ojos, mi piel, mi pelo.

Taita fue la cuna de mi identidad eslava. Yo me parecía de chica a mi papá y mi tía, pero fue ella quien me hizo sentir de una raza que hablaba un idioma distinto y difícil a oídos de quienes nos rodeaban, que comía cosas muy diferentes de las que se cocinaban en casa de mis primeras amigas.

Empiezo a desbrozar estos recuerdos en San Clemente, en enero de 2016, frente al mar.

Escribo en unos viejos papeles amarillentos que eran de mi padre. Me gusta hacer este primer borrador sobre las hojas que él compró hace muchos años...

Recuerdos sobre recuerdos.

Taita era la versión infantil de la palabra “starka”, viejita. Se llamaba Ana (y yo igual que ella, en celebración de su nombre). Ana Krahulzova. Mi apellido paterno puede no sonar tan eslavo, pero ¡vaya si lo es el de ella!

Muchos inmigrantes viajaron con sus cuadros o sus joyas. Taita lo hizo con sus “perinkas”, los acolchados de pluma de panza de ganso y la palmeta de mimbre para sacudirlos. Yo jugaba que era mi cetro de reina (solo los reyes masculinos tienen cetro, ¿verdad?) y hoy cuelga en mi escritorio, sobre la computadora en que voy escribiendo mis libros, mis clases y sigue siendo mi cetro.

Era una eslava morena de pelo, ojos, piel. De pómulos altos. Más bien delgada aunque con una cadera materna, arrastraba levemente una pierna al andar. Decía que de chica se había caído de un árbol, jugando con su hermano.

Era silenciosa. Quizá porque no hablaba demasiado bien el castellano. Pronunciaba mal a veces y usaba palabras de su idioma, entremezcladas. Creo que todo lo que aprendí de eslovaco se debe a ese uso mixto de ella. Y también a que la oía hablar con mi madre, mi tía y hasta conmigo en su lengua natal.

El silencio se fue acentuando con los años. La veo sentada, mirando jugar alrededor de ella a mis tres hijos. Repetía “soy rica”. Creo que nunca había soñado esa experiencia. El dinero no pesaba en su vida. Tenía una pobreza sencilla y sabia. Su fortuna estaba en esos tres biznietos sanos, inteligentes, hermosos –me lo decía en checo– que contemplaba como una inmerecida gracia, como se contempla el brote, la vida naciente y misteriosa surgida de la propia entraña.

Me recuerdo chiquita, Matu, de cuatro o cinco años, de pie junto a ella, abrazada a sus piernas y sus manos por mi pelo y acariciándome la cara. Recuerdo el gozo. La traigo a mi lado escribiendo, y me lleno de nostalgia. La extraño, a pesar de que hace casi treinta años que se fue.

Aquí, en San Clemente, Taita iba conmigo a la playa a la hora de la siesta. Había un arbolito en la base de un médano, un tamarindo, supongo. Ella, vestida, se sentaba a la sombra y yo jugaba cerca.

No recuerdo haberle desobedecido nunca, y no creo que me retara alguna vez. Me parece que teníamos una relación de silencioso amor y entendimiento, de sonrisas y caricias, de mucha compañía. Eran otros niños los de entonces, eran otros abuelos y otros códigos de educación. Pero también era la nuestra una relación especial, una sintonía del corazón.

Había en Taita una sensibilidad peculiar, fina como sus facciones, y la mía se fue haciendo a su imagen.

Es hermoso escribir frente al mar. Las olas van trayendo los recuerdos hasta una reservada playa de la memoria. La luz cambiante ayuda a reconstruir distintos escenarios y el pasado remoto se acerca al papel sin esfuerzo.

Soy una abuela de seis nietos que espera el séptimo escribiendo sobre su abuela.

Taita tenía un modo particular de demostrar su cariño: cocinando. Lo hacía muy bien y sabía qué le gustaba a cada uno de los que amaba. A mí me encantaba mirarla.

Quizá la más exquisita de sus recetas era el strudel húngaro. Amasaba con aceite una masa hasta dejarla finita como un papel. Para no romperla, lo hacía con el dorso de los puños cerrados. Era increíble que una pelota pequeña se estirara sobre un enorme repasador blanco hasta cubrir una mesa grande. Desparramaba encima pasas de uva blancas, manzana verde en rodajita finas, nueces muy picadas y canela. Levantando los extremos del paño por el lado angosto armaba un arrollado gordote que iba al horno. Yo tenía mi trabajo: revisar que las nueces picadas no tuvieran pedacitos de cáscara. Me sentía muy importante junto a ella, Matu, porque me trataba como a su ayudante predilecta. Mi mamá y mi tía pelaban y cortaban las manzanas, pero ella le restaba importancia a lo que hacían sus hijas. Es una experiencia única en la infancia que alguien que te quiere y a quien quieres te haga sentir imprescindible. Arraiga en el corazón la certeza de tu valor. Yo me ganaba trabajando atentamente mi título de “ayudante principal”.

Algunas personas saben hacer del amor que te profesan una misión. Taita me quiso de un modo tal que comprometió mi vida en el amor por la infancia, por el desprotegido, por el que requiere más mamá de la que tiene, por el solitario... Solo hoy entiendo un poco esto. Me doy cuenta de que yo hubiera sido muy diferente sin Taita y de que ella fue el gran amor del primer tiempo de mi vida.

Otras de sus especialidades húngaras, o quizá austríacas, eran los colach. Unos arollados de almíbar y “mac”, decía ella, que, supe más grande, era semilla de amapola molida. Ese no me gustaba. El relleno tenía un color oscuro muy feo. Pero me encantaba si lo rellenaba con cerezas. Yo tenía que elegir las más oscuras, porque son las más maduras, las que iban a soltar el juguito en el horno, y revisar bien que no tuvieran carozo.

También hacía especialmente para mí una comida deliciosa que hoy hace Vero, tu mami.

Se llama “gule”. Es una ciruela gotita de miel envuelta en pasta de ñoquis, hervida, y bañada de una salsa de pan rallado dorado en manteca y azúcar.

Yo no comía nada de chica. Nada me gustaba, nunca tenía hambre y dejaba todo en el plato. Entonces llegaba Taita, ¡y hacíamos gule! Y si no era el tiempo de las ciruelas gotita de miel, lo armaba con mermelada. Dios mío, cuánto amor, cuánta paciencia...

Otra de sus especialidades era el chucrut húngaro, bien diferente del alemán, con “klednik”, un pan de papas que cocinaba al vapor, envuelto en un repasador, encima de la olla del repollo con salsa y carne de cerdo.

Aprendí de Taita que hay modos de decir o hacer el amor. Ella hacía “chereshny colach” y “gule” para mí, chucrut y “macovi colach” para mi papá, “klednik” para mi mamá, “pampushky” –unos bollos dulces fritos– para Helena y mi hermano y así, para cada uno de la familia, la celebración del amor se convertía en comida. Creo que solo a mí me lo decía, además, con caricias y palabras.

Yo me metía mucho con ella en la cocina. Una vez, en la primera casa de San Clemente que hizo mi papá (la residencia Ana María), hacía pizza en una cocina demasiado chica para dos. Al sacar la chapa del horno giró sin verme y con la punta me quemó el brazo. Recuerdo cómo lloraba ella mi dolor. Sigo viendo sus lágrimas y sus besos, Matu, sobre la gasa fría que cubría la quemadura y sigo sintiendo que mil veces hubiera preferido sufrir en su carne lo que, sin querer, me había hecho. Seguramente esta fue mi primera experiencia de amor vicario.

Otra vez, en su casa de Ramos Mejía, me mandó a ver si se había olvidado la cocinera prendida. Era eléctrica, y yo no tuve mejor idea que tocar la hornalla. El grito y la ampolla inmediata le provocaron un dolor enorme. Se sentía culpable, y yo no hacía más que llorar, abrazarla y consolarla.

Eso de ser una sola carne se da antes en la vivencia materna que en la pareja. Quizá sea una protoexperiencia. Yo viví eso con Taita.

Mi memoria organiza muchas imágenes de Taita según los escenarios.

La revivo en mi casa de Medrano, cocinando y contándome cuentos de noche. Yo, acostada, ella sentada en una silla a mi lado, junto a mi almohada. Mi mano derecha entre las suyas mientras yo hacía los pedidos de un repertorio conocido.

Un relato infaltable era “stara baba”, algo así como “vieja bruja”. Una terrible historia real de su infancia que, para mí, era solo un cuento, tan parecido a otros. Su mamá había muerto de parto cuando Taita tenía ocho años. El niño creció más como su hijo que como su hermano. El padre volvió a casarse y la nueva mujer era una madrastra mala. Vivían casi como ricos, y como tales tenían manzanas que guardaban dentro de una parva de paja en un granero. Pero Taita y su hermanito no podían comerlas. La fruta más cara y apreciada era solo para los hijos de ella. Taita, a escondidas y solo de vez en cuando, sacaba una para su hermanito. Yo saboreaba la manzana jugosa y robada, el riesgo, el coraje amoroso de la hermana mayor que no tomaba nada para sí misma y me sentía orgullosa de mi abuela heroína, de lo que hacía por Jan. Y me enfurecía con “stara baba” y entre el admirado amor y el enojo profundo me iba hundiendo en el sueño.

Esta historia traía otra pegada, por el nombre: la de Janoshik (Juancito). Era un joven apuesto y montaba un brioso caballo. Robaba dinero a los ricos para repartirlo entre los pobres. Mi Robin Hood de primera infancia usaba unos pantalones negros ajustados, botas hasta la rodilla y una camisa blanca de mangas muy anchas que flameaban al galope.

Tenía el pelo largo y negro y los ojos muy azules. Así era también mi tío Juan, el hermano de mi papá, y cuando íbamos a visitarlo yo me preguntaba si no había sido Janoshik en la tierra de Taita. Pero eso, Matu, no se lo decía a nadie.

También pasaba que Juan –mi tío– era muy fuerte. Me alzaba como a una pluma y yo al Robin Checo lo imaginaba así de poderoso. Pero lo mejor del parecido era que mientras Taita me contaba la historia, yo me enamoraba de Janoshik y cuando Juan me alzaba y me miraba con sus ojos azul oscuro y me pinchaba con la barba al besarme, ¡yo sabía que estaba enamorada de Juan!

Otro recuerdo muy nítido de mi casa de Medrano era entreverla arrodillada, junto a la cama de mis padres que ella usaba cuando nos quedábamos solas, rezando. El dormitorio tenía unas puertas con vidrios y visillos. Desde afuera, yo veía su silueta hincada, los codos sobre la cama y la cabeza entre las manos. Pasaba largos ratos en esa posición que le era muy dolorosa porque flexionaba las rodillas con dificultad. Yo no me animaba a preguntarle si le pedía a Dios por algo o por alguien, pero aprendí que Taita tenía un secreto. Hoy, que sé su secreto, sé también que Taita era una mujer de oración. Quiero decir que Dios era una presencia real en su vida, que la paz y la ternura

que irradiaba nacían de su oración, que su rostro, su mirada y su cuerpo eran los de la persona que reza.

Recuerdo dos casas de Taita. Una, en Devoto, a la que me gustaba mucho ir porque mi tía Helena me dejaba vestirme con su ropa y sus zapatos de taco alto. Yo paseaba disfrazada de grande frente a un espejo enorme que tenía entre dos roperos, sobre la cómoda. Me sentía una reina, arrastrando faldas y vestidos por el piso, como una cola.

También me dejaba usar sus cosas de maquillaje, así que andaba de aquí para allá con los labios rojos y los trajes largos. No debía tener más de seis años. Taita me miraba y sonreía.

En esa casa había una escalera muy alta y empinada de la que una vez ella se había caído y lastimado mucho. Recuerdo el llanto de Helena levántandola y repitiendo “¡Maminka, Maminka!”. Cuando bajaba conmigo, siempre iba ella adelante y repetía que así, si se volvía a caer, no me lastimaba.

Otra casa era la de Ramos Mejía, donde me quemé con la cocina eléctrica. Tenía un hogar en el comedor y ella se sentaba frente al fuego a tejer sus carpetas a crochet, esas que todavía adornan mi casa y que voy regalando de a una a mi hija, a mis nueras. Las quiero porque son la obra de sus manos. Todas distintas, todas una creación, todas hermosas, perfectas. Algunas se van rompiendo y una pena grande me asalta cuando lo descubro.

Ella y mi papá no estaban inactivos nunca, Matu. Este trabajar permanente con las manos, hasta para descansar o distraerse, se me imprimió en el alma.

Taita estaba orgullosa de mí. Yo lo sentía todo el tiempo. Repetía mucho “orullo mata”. ¡Nunca pudo decir ‘orgullo’! A mí me daba risa su pronunciación y también sentir que, pese a lo que decía, de mí sí estaba orgullosa.

En una familia poco demostrativa de afectos, severa y estricta para educar, este gozo que le producía a Taita mi vida, mi presencia, mi conducta era miel, perfume, libertad. Yo podía ser con ella como yo era: tímida, sensible, silenciosa. Ella no esperaba otra cosa de mí. La aceptación total de su amor me daba un espacio sin temores, ni obligaciones, ni exigencias, ni culpa.

Ya te conté que yo era muy mañera para comer. Taita no me retaba. Me preguntaba qué quería, me cocinaba lo pedido y me servía poquito. Así, ella podía felicitar me y yo no me entristecía.

Por la calle me llevaba siempre de la mano al ritmo de su paso lento y algo renqueante, cuidándome de todo: que no tropezara, que no me cayera, que mirara al cruzar, que no me distrajera, y yo le charlaba todo el tiempo –como si la calle me

transmitiera una locuacidad que perdía adentro de la casa— desde ahí abajo, mirándola, ella mirándome...

También la recuerdo en mi primer departamento de casada, en Agüero y Berutti. Le habían operado una cadera y una rodilla y necesitaba ver muy seguido al cirujano. Era muy complicado trasladarla desde Ramos Mejía, así que se quedó en mi casa, cercana al consultorio.

Le costó mucho aceptar ser mi huésped porque la aterraba molestar. Para mí, Matu, fue hermoso tenerla conmigo ese tiempo.

Caio, el tío Caio, era chiquito, tendría dos años. Dormía en cuna y Taita en una cama de su cuarto. Él, muy charlatán a esa edad, la divertía con su media lengua y la emocionaba con sus cuidados. Quería atarle los zapatos con cordones que usaba y, aunque no podía, pasaba largos ratos todos los días intentando.

A la noche conversaban, de la cuna a la cama, con la luz apagada. Ella le susurraba que yo me iba a enojar, pero él seguía inventándole sus historias.

Se las arreglaba para no molestar de manera deliciosa: bañarse cuando se quedaba sola con Caio y la chica que ayudaba en la casa, comer a la noche temprano pretextando que quería acostarse, desayunar antes de que nadie se hubiera levantado... Pienso hoy en la prudencia que hace falta para convivir con la familia más joven, en mi caso con hijos y nietos, en el caso de ella con nietos y biznietos...

Taita vivía en una limpieza extrema. En su casa, en la de mi madre, en la mía. En un aseo personal minucioso pero nunca coqueto. El pelo oscuro y corto del recuerdo de mi infancia y el rodete bajo de las fotos de mi adolescencia. El pañuelo atado a la cabeza en invierno, al uso de su tierra. Yo le compré uno en Roma, en mi primer viaje a Europa y lo recuperé veinte años después, cuando se fue. Lo uso y me acompaña. Es el de la foto. Lo cuido como a un tesoro.

Los vestidos prendidos adelante, casi siempre oscuros, el chaleco negro. Y la infaltable pañoleta. Le gustaban las colonias frescas, el talco en los zapatos. Me hacía lavar las manos a cada rato, y los dientes. A mí me gustaba que me cuidara así, que estuviera tan pendiente de mí.

La casa donde Taita estaba brillaba siempre. Limpiaba con placer y sin esfuerzo. Revisaba los platos que lavaba, los cubiertos, las chapas de horno, las ollas. Barría los rincones con un esmero y una atención únicos. Ahora, Matu, veo limpiar a tu mami como si Taita le hubiera enseñado. Lo doméstico era su reino. Le costó mucho entender que yo necesitaba trabajar fuera de casa y que me hiciera falta ayuda para la limpieza. En su mundo, ese era un atributo intransferible. Una vocación femenina a la que no se debía renunciar.

Sé que le costó mucho dejar su casa en Hrinova, su perrito Rinto, juntar dinero para los pasajes. La guerra inminente era un hecho y no pudieron vender la casa. Mi abuelo pudo salir porque tenía dos hijas menores a cargo. Si no, hubiera tenido que enrolarse en el ejército, a pesar de que tenía treinta y siete años.

A poco de llegar a Buenos Aires hicieron un intento de radicarse en Misiones porque tenían conocidos allí. Para Taita fue un infierno. La selva, el calor, la gente nativa casi salvaje del paraje adonde fueron, su idioma, los animales –víboras y tortugas, por las que sentía pánico– los gritos de los pájaros nocturnos... Nada era semejante a su bosque de pinos, cerezos y nogales, a sus matas de frutillas, al paisaje abierto de colinas bajas.

América fue el encuentro brutal con una tierra bárbara. No hubo al comienzo nada de aquellas ilusiones de tierra próspera, trabajo, paz. Escapaban de una guerra y ella se sentía caída en el espanto.

Había vivido de chica las invasiones de los turcos. Llegaban en hordas, a caballo, mataban, robaban la comida, incendiaban las casas y todo lo que no podían llevarse. Por alguna razón, Misiones fue para ella la reiteración de esa experiencia de violencia y temor.

Volvieron a Buenos Aires, Matu. De a poco se conectaron con la pequeña comunidad eslovaca, hicieron conocidos, consiguieron trabajo. Cuatro años después, mi madre se casaba con uno de ellos.

Taita sabía mirar con misericordia. No criticaba a nadie, jamás. Y si se hacía evidente algún mal comportamiento, siempre defendía al culpable.

Un pariente cercano a la familia era muy vanidoso y molestaba a todos. Ella decía “creció sin papá”. Ese hecho, a sus ojos, era razón suficiente para disculparlo. No juzgaba ni justificaba, pero siempre tenía algo a favor del censurado. La envolvía como su pañoleta de invierno, una bondad poco frecuente, solícita y callada. Un hacer el bien y no devolver el mal.

Tampoco la recuerdo enojada. Alguna palabra violenta o injusta, algún mal modo o destrato, le producían dolor. Pero se dolía por el otro, no tanto por ella. Por lo que el otro se hacía a sí mismo. La apenaba ese pequeño verdugo sin sentirse su víctima. Seguramente su mirada compasiva la libraba de ofenderse, malhumorarse, fastidiarse. Vivía en una gran paz.

No sé si puedo llegar a ponderar cuánto bien me hizo este amor orgulloso de mi Taitita. Pero siento que ella construyó mis cimientos. Me dio la bienvenida a la vida, celebró mi existencia, me acarició con una ternura inédita. Miraba a mis hijos y decía “¡soy rica!”. Yo evoco su memoria y me digo “¡soy rica!”.

Pero Taita me transmitió una maternidad que va más allá de la sangre, de los hijos y los nietos. Algo así como un cobijo para el desamparo. Heredé su vocación para adoptar, para percibir el dolor de algún tipo de abandono materno y el deseo de mitigarlo.

Taita sembró esto en mí protegiendo mi fragilidad.

Un día, Matu, revolviendo mi costurero, encontraste un huevo de madera (;te acordás?). Ocupaba toda tu manito y te dejó fascinado. Decías “¡Es idéntico!”. Claro, te referías al huevo de gallina. Me sorprendió la palabra, porque eras muy chiquito para usarla y también porque era la palabra de mi poema.

Te conté que había sido de Taita. No podías entender que ella zurciera las medias ni que lo usara para hacerlo. Lo pusimos dentro de un zoquetito tuyo y jugaste un rato. Lo sacabas para acariciarlo y hasta le diste un beso. A mí me corrieron las lágrimas. Taita te miraba, también, llena de emoción por tu ternura desde la foto de mi cómoda.

Me preguntabas una y otra vez cómo hacía mi abuelita para coser con el huevo. Le dimos unas puntadas a tu media y me mirabas atento, serio. Dijiste que la tuya no estaba rota, en un arrebato de realidad, y guardamos todo en el costurero.

Ahora, te copio el poema.

Se sienta.

El costurero, el montoncito de medias, el huevo
de madera dura, lustrosa y clara, mágico, idéntico.

Yo miro desde mi pequeña infancia

Y cuando sus ojos lo piden
enhebro.

Canturrea en checo (o reza)

y detiene el tiempo.

Todo es zurcir la siesta eterna.

Siento que el mundo está lleno de agujeros

sé ya que la vida se romperá mil veces

y que ella se sentará siempre

a remendar conmigo

sobre el huevo

labrando una trama de telar perfecto.

Me envuelve en la pañoleta de su mirada oscura y tibia

y se levanta.

Está todo hecho.

Ya gira el planeta de nuevo.